

Joyce Coleman, *Public Reading and the Reading Public in Late Medieval England and France*, Cambridge, Cambridge University Press («Cambridge Studies in Medieval Literature, 26»), 1996, xiv + 250 pp. + 11 ilustraciones.

El estudio específico de las formas en que se difundían y se recibían las obras medievales y de las implicaciones derivadas de las relaciones entre voz y letra observables en ellas ha cobrado un gran auge en los últimos veinte años. El libro de Joyce Coleman, que ahora reseñamos, aborda de lleno estas cuestiones.

En efecto, el propósito de la autora es demostrar que la lectura pública en voz alta fue la forma de transmisión más habitual de la literatura recreativa cortesana escrita en lengua vernácula en Inglaterra y Francia durante los siglos XIV y XV. Para ello, Coleman realiza un doble esfuerzo que queda plasmado en las dos partes en que se puede dividir su libro. Por un lado, efectúa una revisión crítica de la «teoría estándar» de la relación entre la oralidad y la capacidad de leer y escribir, elaborada por Eric Havelock, Jack Goody y Ian Watt, y Walter Ong, entre otros¹. Esta revisión le lleva a proponer una nueva terminología y un nuevo método «etnográfico» de aproximación a la susodicha relación, inspirado, sobre todo, en los trabajos de Ruth Finnegan (capítulos 1 a 4). Por otro lado, Coleman lleva a cabo, según los principios de ese nuevo método, el escrutinio de un corpus muy amplio de material escrito, tanto de ficción como historiográfico, con el fin de encontrar y evaluar noticias sobre el modo de difusión de las obras (capítulos 5 a 7)².

¹ Optaremos por no dar referencias bibliográficas concretas con el fin de evitar su excesiva proliferación. No obstante, el lector interesado podrá encontrar las entradas exactas en la excelente bibliografía que figura en las pp. 231-244 del libro que aquí nos ocupa.

² Estos siete capítulos se completan con un prefacio (pp. xi-xiv), once miniaturas que ilustran diferentes formas de lectura en la Edad Media, una conclusión (pp. 221-222), notas al texto (pp. 223-227), un glosario (pp. 228-230), una bien seleccionada y puesta al día bibliografía (pp. 231-244), y un completo y útil índice (pp. 245-250).

Así, en el capítulo 1 la autora hace un repaso de los textos fundacionales de la teoría estándar arriba mencionados y de las contribuciones de los principales estudiosos de este aspecto en la Edad Media (Ruth Crosby, H. J. Chaytor y, más recientemente, Franz H. Bäuml, Brian Stock, Paul Saenger, Michael T. Clanchy, etc.). Se pone en tela de juicio aquí la verdad de una división tajante entre oralidad y capacidad de leer y escribir como compartimentos estancos (lo que se ha dado en llamar la «Gran División»). En este sentido, lo que Coleman encuentra, al menos en las cortes de Inglaterra y Francia durante la Edad Media tardía, es una situación dominada por la «auralidad» y la lectura pública, concebidas como la lectura en voz alta de un texto escrito a uno o más oyentes, es decir, una combinación de los dos polos de la vocalidad y la textualidad.

El capítulo 2 puede leerse más cómodamente con ayuda del «Glosario» incluido en las pp. 228-230. En efecto, Joyce Coleman critica la escasez e imprecisión del vocabulario disponible para hablar de la recepción literaria medieval y propone una nueva terminología que seguirá usando (aunque, para respiro del lector, nunca abuse de ella) en el resto del libro. Se postula en este capítulo una doble necesidad. En primer lugar, deshacer la ambigüedad que se aprecia en la crítica a la hora de referirse a las formas de composición, difusión y recepción de las obras. Así, se distinguen cuatro grandes formatos para la literatura inglesa medieval: oral-formulaico (o «peroral»), recitado de memoria, leído públicamente (o «preleído») y leído en privado, bien en voz alta bien en silencio (o «dividual»). A estos corresponderían, respectivamente, las modalidades de oralidad (o «peroralidad»), «memorialidad», auralidad (o «prelección») y capacidad de leer (o «dividualidad»). La autora acepta la existencia de zonas comunes entre los distintos formatos (entendidos como el acto de recepción, difusión o composición en sí) y modalidades (entendidas como estos actos en tanto que fenómenos culturales). En segundo lugar, Coleman cree que es necesario no establecer asociaciones inmediatas y tajantes entre determinadas modalidades de composición, difusión y recepción de las obras, y cierto tipo de mentalidad (pensamiento analítico o sintético, concreto o abstracto) o de rasgos literarios.

El capítulo 3 ahonda en la crítica a los defensores de la teoría estándar de la oralidad y la capacidad de leer y escribir, en especial a Walter Ong. El tono es combativo y la autora se mueve con fluidez por el mar bibliográfico existente sobre el aspecto que nos ocupa. Coleman comienza por poner en tela de juicio lo que ella denomina *Deficiency Theory* y *Eureka Topos*. La «teoría de la deficiencia» consiste en la idea de que la lectura pública estaba condicionada sólo por el analfabetismo de los receptores y la carencia de libros, y que, tan pronto como esas deficiencias se superaron, la gente empezó inmediatamente

a practicar la lectura solitaria. El «topos del eureka», por su parte, supone hacer coincidir el aumento, o incluso la aparición, de la lectura individual con alguna innovación tecnológica o cambio cultural concreto y único. Por contra, la autora sostiene que «los textos históricos y literarios medievales proporcionan abundante evidencia de que la lectura pública mantuvo su popularidad mucho después del aumento del nivel de alfabetización en la Edad Media tardía, del uso de la separación de palabras en los manuscritos, y de la introducción del papel, de las estancias privadas e incluso de la imprenta [...]. Muchos miembros cultos de las clases altas (incluso aquellos renombrados por sus bibliotecas), *elegían* escuchar los libros [...] porque disfrutaban de la experiencia y se sentían beneficiados por ella» (p. 55 –la traducción es nuestra–). Este hecho le lleva a rechazar la teoría, bastante común, de la «oralidad ficticia», es decir, achacar cualquier alusión a una difusión vocal o recepción aural que aparece en las obras medievales de los siglos XIV y XV a un mero residuo estilístico de un pasado «oral», y considerar, por ende, que no se deben interpretar al pie de la letra. En este sentido, la autora hace un análisis detallado de casos en que las abundantes alusiones a la difusión vocal de una obra se yuxtaponen a referencias al uso del libro como objeto material: una lectura pública en voz alta explicaría esa dualidad que se aprecia en muchas obras medievales. Eso haría también comprensible que en estas obras aparezcan rasgos asociados con los productos de la oralidad junto a otros que se suelen adscribir a producciones de la escritura. Coleman critica, asimismo, la tendencia a dar por sentado que cualquier presunta indicación a la capacidad de leer del receptor en una obra es una prueba irrefutable de que dicha obra estaba destinada exclusivamente a la lectura individual.

En el capítulo 4, que sirve de engarce entre la parte teórica y la práctica de la obra, se expone el enfoque metodológico y se delimita el corpus objeto de estudio. La autora denomina su metodología «etnografía de la lectura», una aproximación que consiste en la investigación sistemática, basada en el escrutinio exhaustivo de textos literarios e históricos, de las interacciones entre autores, tradiciones, textos y receptores en el marco de ciertas coordenadas bien definidas de tiempo, lugar y géneros literarios. En este sentido, Coleman se centra en el estudio de la literatura recreativa secular y cortesana en inglés desde mediados del siglo XIV hasta finales del XV, con incursiones en textos historiográficos ingleses y franceses de la misma época y en algunos textos de ficción escoceses y en latín. Fuera de su campo de estudio quedan el teatro, muchos *romances*, traducciones no recreativas, y obras científicas, filosóficas y religiosas. El centrarse en la literatura cortesana se debe, según la autora, a que la mayoría de sus receptores eran probablemente capaces de leer y, por

tanto, las obras serían susceptibles tanto de una lectura en voz alta como de otra ocular e individual, además de al hecho de que en este tipo de literatura se encuentra la mayoría de referencias a las formas de leer. Coleman es muy estricta al señalar que su estudio no permite ninguna generalización sobre el modo de difusión y recepción de las obras que vaya más allá de los límites acotados por ella, y cree firmemente que este tipo de aproximación es mucho más sólido y productivo que el propuesto por la teoría estándar de la oralidad. Asimismo, se inclina por entender al pie de la letra el complejo sistema de alusiones al receptor que aparecen en las obras, que ella denomina «constelación aural–narrativa», y rechaza achacarlas a una oralidad ficticia. Así, analiza en su contexto el significado de verbos como «escribir», «leer» y «oír» (aunque no de otros como «contar», «decir», «ver» o «mirar», justificando su discriminación por limitaciones de tiempo). En este sentido, opina que la constelación aural–narrativa de este tipo de literatura demuestra claramente que la lectura en voz alta a una o más personas por parte de no profesionales sería la forma preferida de difusión de las obras cortesanas en Inglaterra y Francia desde mediados del siglo XIV hasta finales del XV. Este hábito no implicaría el analfabetismo del receptor, ni que el estilo de las obras tuviese que ser rudimentario. Coleman identifica, no obstante, otros tipos de lectura en Inglaterra durante la Edad Media tardía, todos ellos susceptibles de ser subdivididos en públicos y privados: lectura pragmática, lectura religiosa clerical y laica, lectura profesional académica y literaria, y lectura recreativa. Tales tipos de lectura no serían compartimentos estancos y podrían ser ejercidos por un mismo individuo en situaciones distintas, lo que, nuevamente, refutaría la presuposición evolucionista de que la alfabetización conlleva necesariamente la lectura individual.

Los capítulos 5, 6 y 7 presentan y analizan el corpus de material objeto de estudio. En el 5 se estudian descripciones de modos de lectura de literatura recreativa secular en vernáculo que aparecen en obras historiográficas de Inglaterra y Escocia, por un lado, y de Francia y el ducado de Borgoña, por otro. El análisis comparativo demuestra que en ambas zonas geográficas se prefería la lectura pública, aunque fueran diferentes las formas en que se llevaba a cabo. Así, el mapa de lectura británico es menos organizado y centralizado que el de Francia y Borgoña. Aquí la lectura era más «oficial», con el miembro más alto de la esfera social dominando la situación de lectura, mientras que en las islas era más «comunal», apreciándose una relajación en la jerarquización social.

Los capítulos 6 y 7 presentan respectivamente una «etnografía de la lectura» en Chaucer y en la literatura inglesa no chauceriana (desde 1350 hasta 1491, con una breve consideración de lo que ocurrió entre 1491 y 1525). Sin entrar en el pormenorizado análisis textual llevado a cabo por Coleman, las

conclusiones a las que llega son las siguientes. En cuanto a Chaucer, el estudio de las referencias a la recepción de sus propias obras, de sus fuentes y a la recepción literaria dentro de sus obras lleva a concluir que el autor inglés esperaba que sus textos fueran leídos en voz alta a un público oyente, aunque él practicara una lectura individual. En cuanto a la literatura inglesa no chauceriana, la autora opina que, hasta 1450, en líneas generales, los autores de literatura destinada a la corte, incluso de espejos de príncipes, también esperaban que los receptores escucharan el texto. Se genera de forma creciente durante este siglo, sin embargo, la idea de que una lectura estudiosa permitiría obtener el máximo provecho y goce de la obra. Esta idea se acentúa entre 1450 y 1525, llegando a ponerse de moda. La lectura individual comienza paulatinamente a ser más frecuente. El cambio procede, sin embargo, menos del abandono de la vocalización de los textos en público que de la boga creciente de la lectura individual.

En conclusión, *Public Reading...* se nos presenta como una aproximación innovadora a las relaciones entre vocalidad y textualidad en la Edad Media. Joyce Coleman realiza un trabajo ingente y que, en nuestra opinión, constituye una base necesaria y firme para otro tipo de estudios (por ejemplo, los relacionados con las repercusiones de la(s) forma(s) de difusión de las obras en los rasgos estilísticos y estructurales y en los elementos temáticos e ideológicos de las mismas). Se trata de una labor que, creemos, sería muy útil realizar también en el campo de las letras hispánicas medievales. El mérito indudable del libro no impide, sin embargo, que encontremos en él algunos puntos discutibles con los que concluiremos nuestra reseña, sin que con ello queramos en absoluto menoscabar su valor.

1. La crítica que se hace de los defensores de la teoría estándar de la oralidad nos parece excesiva. Por un lado, no siempre los autores criticados son tan rígidos como la autora parece implicar, ni la Gran División tan excluyente. Por otro, en vez de rechazar completamente, por ejemplo, el determinismo tecnológico propuesto por algunos a la hora de explicar el cambio en el modo de recepción de las obras, sería, quizá, más positivo tratar de englobar las contribuciones anteriores y observarlas como explicaciones parciales del fenómeno.
2. Coleman considera como «lectura pública» la lectura en voz alta a una o más personas. Sin embargo, las características de un texto compuesto para ser leído a un único oyente, o a un grupo homogéneo y reducido de personas, serán, en nuestra opinión, muy diferentes de las de otro compuesto para ser difundido fragmentariamente ante un público heterogéneo. De hecho, el primero de los textos sería más parecido, creemos, a una obra compuesta para la lectura a solas y en silencio que a otra des-

- tinada a ser difundida vocalmente ante un público amplio y variado desde el punto de vista social y cultural. El término «lectura pública» debería, quizá, reservarse para este último tipo de situaciones. Por otro lado, podría hablarse de una lectura privada individual (en silencio o no) y de otra lectura privada en voz alta ante una sola persona o un grupo homogéneo (familia, miembros de la corte, grupo de amigos, etc.).
3. En este sentido, Coleman propone toda una serie de términos nuevos con el fin de deshacer la ambigüedad y falta de precisión evidente en muchos de los estudios sobre la textualidad y la vocalidad medievales. No creemos que sea siempre necesario buscar a toda costa un término único, exacto pero exótico («endofórico», «exofórico», «dividual», etc.), cuando lo que se quiere decir se puede expresar con tres o cuatro palabras comunes. Por otra parte, esta precisión terminológica parece insuficiente en otros casos: si se escoge el término «auralidad» como modo de recepción de las obras, debería, quizá, utilizarse «vocalidad» como forma de difusión, y no recurrir al más amplio «oralidad», que presenta en el libro una amplia gama de significados posibles. Paralelamente, a la «vocalidad» se opone la «textualidad» como modo de transmisión de una obra y no la *literacy* (o capacidad de leer y escribir). En general, creemos que Joyce Coleman sigue sin distinguir de forma suficientemente clara entre forma de composición, de difusión y de recepción de las obras.
 4. La autora decide descartar el estudio del significado de verbos como «ver» y «mirar» en el corpus de obras analizadas por razones de tiempo. Estos verbos apuntan claramente a una lectura ocular, no necesariamente, pero sí posiblemente, individual. Desestimar su estudio no parece, pues, adecuado, si se pretende llegar a una conclusión objetiva.
 5. Por otro lado, en nuestra opinión, la lectura en voz alta, como acto social, es más susceptible de aparecer en obras literarias e históricas que un acto tan íntimo y privado como la lectura a solas. Así pues, parece lógico que la primera aparezca más a menudo en los textos que la segunda. Deducir de ello, como hace Coleman, que también se producía más a menudo en la realidad supone establecer una ecuación un tanto discutible.
 6. Por último, reducir el objeto de estudio a la literatura recreativa cortesana supone una restricción quizá encaminada a probar la tesis de la autora. Hay otros tipos de obras (religiosas, filosóficas, científicas) que, en principio, parecen más susceptibles de haber sido destinados a una lectura individual y de contener referencias a ella.

Pablo Ancos

Universitat de València / Universidad de Wisconsin-Madison